

TRICIA LEVENSELLER

LA HIJA

del

REY

PIRATA

CROSS
BOOKS

Capítulo 1

Odio tener que vestirme como un hombre.

La camisa de algodón es demasiado ancha, los pantalones, demasiado grandes y las botas, demasiado incómodas. Llevo el pelo recogido en un moño alto y protegido por un pequeño gorro mariner. A mi izquierda tengo la espada bien atada a la cintura; y a mi derecha, la pistola lista para ser disparada.

La ropa es engorrosa, ya que sobra tela por todos lados, ¡y ya ni hablemos del olor! Cualquiera diría que lo único que hacen los hombres es revolcarse todo el día entre tripas de peces muertos mientras se limpian sus propios excrementos con las mangas. Aunque quizás no debería quejarme tanto.

Toda precaución es poca cuando te están invadiendo los piratas. Nos superan en número. Tenemos menos armas. Siete de mis hombres yacen muertos y dos más se lanzaron por la borda en cuanto vieron la bandera negra del *Nómada Nocturna* en el horizonte.

Desertores. La escoria más cobarde. Se merecen todo lo malo que les ocurra. Que se cansen y se ahoguen o que la fauna marina se cobre sus vidas. Rugidos de acero surcan el aire. El barco se sacude con la explosión de los cañones... no podremos aguantar mucho más.

—Dos bajas más, capitana —dice Mandsy, mi primera oficial provisional, que me avisa de lo que ve a través de la escotilla.

—Debería estar allí arriba, atravesando costillas con acero —digo—, y no aquí escondida como un cachorro asustado.

—Un poco de paciencia —me recuerda—. Tienes que estarte quieta si quieres que sobrevivamos a esto.

—¿Que sobrevivamos? —pregunto ofendida.

—Déjame reformularlo... Si quieres que vencamos, no deberías andar por ahí haciendo truquitos impresionantes con la espada.

—Pero si pudiera matar a unos cuantos... —digo para mis adentros.

—Ya sabes que no podemos correr ese riesgo —señala, y añade de forma abrupta—: Han subido más hombres al barco. Creo que vienen hacia aquí.

Por fin.

—Ordena que se rindan.

—Sí, mi capitana. —Sube el resto de la escalera que conduce a la cubierta.

—¡Y que no te maten! —le susurro.

Asiente y sale por la escotilla.

«Que no te maten», repito de nuevo en mi cabeza. Mandsy es una de las únicas tres personas de este barco en las que confío. Es una buena chica, muy inteligente, optimista y la voz de la razón, cosa que he necesitado desesperadamente durante nuestro viaje. Se ofreció voluntaria para venir con otras dos chicas de mi tripulación real. No tendría que haber dejado que me acompañaran, pero necesitaba su ayuda para mantener a estos hombres inútiles a raya. Todo habría sido más fácil durante estas últimas semanas si hubiera podido contar con mi tripulación en esta aventura.

—¡Bajad las armas!

Casi no puedo distinguir su grito entre los sonidos de lucha, pero de pronto las cosas se calman. Los sables caen al suelo de madera casi al instante. Seguro que los hombres que están ahora bajo mi mando ya esperaban la orden. Quizás incluso suplicaban por que la diera. Si no les hubiese ordenado que se rindieran, quizás lo habrían decidido igualmente ellos mismos. Definitivamente, esta no es la tripulación más valiente que pueda existir.

Subo la escalera y espero justo bajo cubierta, donde no me ven. Me toca interpretar el papel del grumete inofensivo. Si estos hombres supieran quién soy en realidad...

—Mirad bajo cubierta, aseguraos de que no hay nadie escondido. —Es uno de los piratas. Desde donde estoy oculta no lo veo, pero, si está dando órdenes, debe de ser el primer oficial o el capitán.

Me pongo tensa, aunque sé exactamente lo que viene ahora.

La puerta de la escotilla se abre y aparece una cara repugnante: tiene la barba desaliñada y fétida, los dientes amarillos y la nariz rota. Unos brazos sebosos me agarran bruscamente, me sacan a empujones de la escalera y me arrojan a la cubierta.

Es un milagro que siga llevando puesto el gorro.

—¡Ponlos en fila!

Me quedo quieta mientras el pirata feo me quita las armas, y luego, de un golpe seco en la espalda, me obliga a arrodillarme junto al resto de mis hombres. Me relajo al ver a Mandsy en la fila al lado de Sorinda y Zimah, que tampoco están heridas. Eso es bueno, mis chicas están a salvo. ¡Al diablo con el resto de la tripulación!

Me tomo un momento para observar al pirata que vocifera las órdenes. Es un hombre joven, puede que ni llegue a los

veinte, qué extraño... Los jóvenes no suelen ser los que dan este tipo de órdenes, especialmente en tripulaciones como esta. Le brillan los ojos por la victoria de la batalla, su actitud y rostro muestran gran seguridad. Desde donde estoy, parece que me saca una cabeza y que su pelo es moreno oscuro, igual que el pelaje de una foca. Tiene un rostro bastante agradable de mirar, pero eso no tiene ninguna importancia para mí teniendo en cuenta la tripulación a la que pertenece. Se fija en que Mandsy está en la fila. Se le ha caído el gorro y tanto su larga melena morena como su hermosa cara han quedado al descubierto. Él le guiña el ojo.

Básicamente, diría que es un maldito arrogante.

Mi tripulación y yo permanecemos en silencio, a la espera de ver lo que los piratas nos tienen preparado. A nuestro alrededor se alzan las nubes de humo de los cañonazos. Hay escombros esparcidos por todo el barco. El olor a pólvora se filtra en el aire arañándome el fondo de la garganta.

Se oyen pasos a medida que un hombre atraviesa la pasarela que conecta los dos barcos. Está mirando hacia abajo, por lo que no se ve nada más que un gorro negro con una pluma blanca a un lado.

—Capitán —dice el mismo pirata que antes gritaba las órdenes—, tienes delante de ti a todos los hombres del barco.

—Bien, Riden, pero esperemos que no todos sean hombres.

Varios piratas sueltan una risita y algunos de mis hombres miran nerviosos hacia mí.

¡Serán estúpidos!, me están delatando a la primera de cambio.

—Por ahora he visto a tres muchachas, pero ninguna es pelirroja.

El capitán asiente.

—¡Prestadme atención! —grita levantando la cabeza para que lo veamos por primera vez.

No es mucho mayor que el arrogante de su primer oficial. Me fijo con detalle en las caras de todos los piratas, muchos ni siquiera logran que les salgan pelos en la barba. Esta tripulación pirata es increíblemente joven. Había oído que la *Nómada Nocturna* ya no estaba bajo el mando del pirata lord Jeskor, y que había sido reemplazado por un joven capitán, pero no me esperaba que toda la tripulación fuera tan joven.

—Todos habéis escuchado las historias de Jeskor el Casca-cráneos —continúa el joven capitán—. Yo soy su hijo, Draxen, y veréis que mi reputación acabará siendo muchísimo peor.

No puedo evitarlo, me echo a reír. ¿Acaso piensa que puede ganarse una cierta reputación solo por andar contándole a todo el mundo el miedo que da?

—Kearan —dice el capitán haciéndole un gesto al hombre que tengo detrás.

Kearan me golpea con la empuñadura de la espada en la punta de la coronilla. El impacto no es suficiente como para dejarme inconsciente, pero sí lo bastante como para que duele como mil demonios.

«Ya basta», pienso. Las advertencias de Mandsy ya están demasiado lejos de mi mente. Ya está bien de estar en el suelo arrodillada como una sirvienta. Apoyo las manos contra la cubierta de madera, extendiendo las piernas hacia atrás y engancho los pies tras los talones del horrible pirata que está allí de pie. Doy un fuerte tirón hacia delante y Kearan acaba cayéndose de espaldas. Me levanto rápido, me doy la vuelta y le quito la espada y la pistola antes de que pueda volver a ponerse de pie. Apunto con esta última a la cara de Draxen.

—Sal del barco y llévate a tus hombres.

Detrás de mí, escucho cómo Kearan está haciendo un esfuerzo por levantarse. Lanzo el codo hacia atrás hasta dar con su enorme barriga. Suena un fuerte ruido cuando cae derrumbado al suelo de nuevo.

No se oye ni una mosca. Todo el mundo percibe el clic de mi pistola al cargarse.

—Marchaos ya.

El capitán intenta echar un vistazo bajo mi gorro. Podría eludir su mirada, pero eso significaría quitarle los ojos de encima.

De pronto, un disparo me arranca la pistola de la mano. El arma aterriza en cubierta deslizándose fuera de mi vista.

Miro a la derecha para ver como su primer oficial, Riden, enfunda de nuevo su pistola. Se le dibuja una sonrisa arrogante en la cara. Aunque me gustaría arrancársela de un espadazo, tengo que reconocer que ha sido un tiro impresionante.

Pero eso no evita que me sienta furiosa. Desenfundo mi espada y avanzo hacia el primer oficial.

—Podrías haberme arrancado la mano.

—Solo si así lo hubiera querido.

De repente, dos hombres me agarran por detrás, uno de cada brazo.

—Creo que hablas demasiado como para ser un mero grumete al que aún no le ha titubeado la voz —afirma el capitán—. Quitadle el gorro.

Uno de mis captores me quita el gorro de la cabeza y se me desliza el pelo hasta la mitad de la espalda.

—Princesa Alosa —dice Draxen—, aquí estás, eres un poco más joven de lo que me esperaba.

Mira quién fue a hablar. Quizás estoy a tres años de los veinte, pero me jugaría el brazo bueno a que le ganaría en cualquier reto de ingenio o habilidad.

—Me preocupaba que tuviéramos que destrozar todo el barco hasta encontrarte —continúa—. Ahora te vendrás con nosotros.

—Creo, capitán, que pronto entenderás que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

Draxen resopla, apoya las manos en el cinturón y se gira hacia la *Nómada Nocturna*. No obstante, el primer oficial nunca me pierde de vista, como si estuviera anticipándose a una reacción violenta. A ver, por supuesto que voy a reaccionar de forma violenta, pero ¿por qué tiene que esperárselo ya?

Le clavo el talón en el pie al pirata que me está sujetando a la derecha. Lanza un gruñido y me suelta el brazo. Luego clavo el lateral de la mano que tengo libre en la garganta del otro pirata. Empieza a emitir sonidos de asfixia y se lleva las manos al cuello.

Draxen se gira para comprobar qué es tal alboroto. Mientras tanto, Riden me apunta con otra pistola con esa sonrisa aún dibujada en su rostro. Las pistolas de un solo disparo son difíciles de recargar por la pólvora y la bola de hierro, por eso la mayor parte de los hombres lleva al menos dos.

—Tengo algunas condiciones, capitán —digo.

—¿Condiciones? —pregunta incrédulo.

—Negociaremos las condiciones de mi rendición. Primero me darás tu palabra de que liberarás a mi tripulación sana y salva.

Draxen retira la mano del cinturón y se agacha para coger una de sus pistolas. Tan pronto como la recoge del suelo, apunta al primero de mis hombres que está en la fila y dispara. El pirata que tiene detrás se aparta de un salto mientras el cuerpo de mi hombre cae desplomado hacia atrás.

—No me pongas a prueba —ordena Draxen—. Te montarás en mi barco. Ahora.

Está decidido a probar su reputación, pero si cree que puede intimidarme, se equivoca.

Recojo mi espada de nuevo y le atravieso la garganta al pirata que aún se estaba recuperando de mi estrangulamiento.

Los ojos de Riden se dilatan, mientras que los de Draxen se entrecierran. Este desenfunda otra pistola de su cintura y

dispara hacia el segundo hombre de la fila, que cae igual que el primero.

Le clavo la espada al pirata más cercano. Lanza un grito antes de caer, primero sobre sus rodillas y, después, se desploma en cubierta. Ahora mis botas están pegajosas de sangre y he dejado varias huellas rojas en el suelo.

—¡Parad! —grita Riden. Se acerca de un paso y me apunta al pecho con su pistola. No me sorprende que se le haya borrado la sonrisa.

—Si me quisierais ver muerta, ya me habríais matado —digo—, pero, ya que me queréis viva, aceptaréis mis condiciones.

En cuestión de segundos, desarmo a Kearan, el pirata que me sujetaba antes, y lo obligo a arrodillarse. Con una mano lo agarro del pelo y le estiro la cabeza hacia atrás mientras con la otra sostengo firmemente mi espada contra su cuello. No hace ni un ruido, su vida está en mis manos. Impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que me ha visto matar a dos de sus compañeros. Sabe que su muerte no me generaría ningún tipo de culpabilidad.

Draxen está frente a un tercer miembro de mi tripulación, sujetando otra pistola.

Se trata de Mandsy.

No dejo que mi cara refleje el miedo que tengo. Tiene que pensar que me es indiferente. Esto funcionará.

—Para ser alguien que me ha pedido que su tripulación esté sana y salva, parece que no tienes límites a la hora de ver cómo los mato uno a uno —dice Draxen.

—Por cada hombre que pierda, tú también perderás a uno. Si tu intención es matarlos a todos en cuanto me vaya contigo, no importa si pierdo a unos cuantos mientras negocio la seguridad del resto. Tu intención era llevarme prisionera, capitán, pero si quieres que embarque por voluntad propia,

serás lo suficientemente listo como para escuchar mi oferta. ¿O quieres que veamos a cuántos de tus hombres mato mientras me intentas obligar a subir?

Riden se acerca a su capitán y le susurra algo. Draxen aprieta el arma empuñada. Noto cómo mi corazón se acelera. «A Mandsy no, a Mandsy no. Es una de las mías, no la puedo dejar morir.»

—Establece tus términos, princesa. —Prácticamente escupe mi título—. Y que sea rapidito.

—Liberarás a mi tripulación intacta. Yo embarcaré en tu navegación sin oponer resistencia, pero traeréis también mis pertenencias.

—¿Tus pertenencias?

—Sí, mi armario y objetos personales.

Se vuelve hacia Riden.

—Quiere su ropa —afirma incrédulo.

—Soy una princesa y se me tratará como tal.

El capitán mira a su alrededor, parece estar a punto de dispararme, pero Riden interviene.

—¿Qué más nos da, capitán, que quiera arreglarse para nosotros cada día? Por lo que a mí respecta, no me quejaré.

Se escuchan unas tímidas risitas de la tripulación.

—Muy bien —dice Draxen finalmente—. ¿Eso es todo, su alteza?

—Sí.

—Pues ya estás arrastrando tu consentido trasero al barco, y vosotros —señala a dos fortachones del fondo—, llevad sus pertenencias a la nave y embarcad también a su tripulación en los botes de remos. Yo me encargo de hundir este barco. Si remáis rápido, llegaréis al puerto más cercano en dos días y medio. Sugiero que lo hagáis antes de morir de sed. Una vez alcancéis la orilla, llevaréis mi nota de rescate al Rey Pirata y le informaréis de que tengo a su hija.

Los hombres de los respectivos bandos se apresuran en seguir las órdenes. El capitán avanza y se lleva la mano a la espada. Yo renuncio a regañadientes. Kearan, el pirata al que he estado amenazando, se levanta del suelo y se escabulle lo más lejos posible de mí. Ni siquiera tengo tiempo como para reírme de su reacción porque Draxen me profiere un puñetazo en la mejilla.

Todo mi cuerpo se tambalea por la fuerza del golpe. Me clavo los dientes en la mejilla y empiezo a sangrar por la boca. Escupo la sangre en la cubierta.

—Vamos a aclarar algo, Alosa. Tú eres mi prisionera. Aunque parece que has aprendido un par de cosas por haber crecido como la hija del Rey Pirata, hay una realidad innegable: vas a ser la única mujer dentro de un barco lleno de degolladores, ladrones y hombres perversos que llevan ya un tiempo sin tocar puerto. ¿Sabes lo que eso significa?

De nuevo, escupo para quitarme el sabor a sangre de la boca.

—Significa que hace mucho que tus hombres no van a un prostíbulo.

Draxen sonrío.

—Si alguna vez intentas volver a dejarme en ridículo delante de mis hombres, quizás me dé por no cerrar tu celda con llave por la noche para que cualquiera pueda entrar, y yo me quedaré dormido mientras te escucho gritar.

—Estás loco si piensas que me vas a oír gritar alguna vez. Y más te vale rezar por no quedarte nunca dormido mientras mi celda esté abierta.

Me sonrío diabólicamente y me doy cuenta de que tiene un diente de oro. Por debajo del gorro le sobresalen unos pequeños rizos negros. Tiene la piel oscura por el sol. El abrigo le va un poco grande, como si le hubiera pertenecido a otra persona antes que a él, ¿puede que incluso se lo robara al cadáver de su padre?

—¡Riden! —grita Draxen—. Encárgate de la chica, métela en el calabozo y ocúpate de ella.

«¿Cómo que ocúpate de ella?»

—Será un placer —dice Riden mientras se me acerca. Me agarra del brazo firmemente, tanto que casi hasta duele; es un contraste drástico teniendo en cuenta su aspecto frágil. ¿Los dos hombres a los que he matado serían sus amigos? Me arrastra hacia el otro barco. Empiezo a andar y veo cómo mi tripulación se aleja en los botes. Reman a un ritmo constante para evitar no cansarse demasiado rápido. Mandsy, Sorinda y Zimah se asegurarán de cambiar las posiciones regularmente para que cada hombre pueda turnarse a descansar. Son chicas inteligentes.

De todas formas, estos hombres no sirven para nada. Mi padre escogió a cada uno de ellos: algunos le deben dinero, a otros los pillaron robando del tesoro, hay quienes no siguieron las órdenes como debían y algunos de ellos no tienen otra culpa que la de ser un estorbo. Sea como sea, mi padre congregó a todos en una tripulación y yo solo me traje a tres de las chicas de mi barco para que me ayudaran a mantenerlos a raya.

A fin de cuentas, padre sospechaba que la mayor parte de los hombres serían asesinados una vez que Draxen me capturara. Por suerte para ellos, fui capaz de salvar la mayor parte de sus miserables vidas. Espero que padre no se enfade demasiado, pero eso ahora mismo no importa. La cuestión es que ahora estoy a bordo de la *Nómada Nocturna*.

Por supuesto, tenía que intentar aparentar que mi captura no había sido tan fácil, tenía un papel que interpretar. Draxen y su tripulación no pueden descubrir lo que estoy tramando.

No pueden saber que me han enviado con la misión de robar en su barco.